

APUNTES HISTÓRICOS SOBRE EL SITIO DE QUERÉTARO

EJÉRCITO DEL NORTE, GENERAL ESCOBEDO, GENERAL TREVIÑO, NARANJO Y OTROS JEFES

Por Sóstenes Rocha

El Cuerpo de Ejército del Norte estaba al mando del Gral. de División Don Mariano Escobedo, mas cuando ya al frente de la Plaza de Querétaro, este jefe, por orden del Supremo Gobierno, el mando de todo el ejército sitiador, el Gral. Gerónimo Treviño¹ fué nombrado para sustituirlo en aquél.

El Gral. Escobedo es un hombre inculco habiendo carecido siempre de los medios necesarios para instruirse; pero hasta cierto punto y en todo aquello que no requiere precisamente la ciencia militar, su clara inteligencia y su grande actividad física y moral han podido suplir aquel defecto. No es un valiente, pero excesivamente pundonoroso, es capaz de afrontar todos los peligros. Ha sido siempre, y lo es en la actualidad uno de los demócratas de más buena fe que militan en México bajo las banderas del gran partido progresista. El secreto de las brillantes victorias que obtuvo durante la guerra de intervención debe atribuirse más bien al tacto especial que siempre observó en la elección de sus Tenientes y a su grande actividad, que a las cualidades personales que constituyen a un buen militar.

El Gral. Treviño es también otro jefe en el que el pundonor sustituye al valor personal, pero es quizá más inculco aún que el Gral. Escobedo y más ignorante en todo lo que tiene que ver con la ciencia de la guerra; los únicos conocimientos que posee, por cierto demasiado limitados, se refieren tan sólo a su arma, que ha sido la caballería, y eso, basados en falsos principios de la antigua escuela. Si el Gral. Escobedo le confirió un mando tan importante como fué el del Cuerpo de Ejército del Norte, fué por espíritu de localismo, siendo ambos jefes, hijos de un mismo estado de la frontera.

El Cuerpo de Ejército del Norte se componía de dos divisiones de infantería competentemente dotadas de artillería y caballería divisionaria, y otra División de esta última arma, con el carácter de caballería de reserva; tenía además una brigada mixta del cuartel general.

La Primera División de Infantería, a mi mando inmediato, era formada por tres brigadas de infantería, dos baterías de batalla, una de montaña y una brigada de caballería. La primera brigada era mandada por el Coronel D. José Montesinos² jefe valiente e instruído en su arma, la componían el

1º y el 5º batallones de línea, con dos mil hombres de fuerza entre ambos cuerpos.

La segunda brigada, al mando del Coronel D. L. Cázares³ jefe valiente e instruído, pero de inteligencia limitada, era compuesta de los batallones 3º de línea y 3º de Guardia Nacional de San Luis Potosí.

La Tercera Brigada, era mandada por el Coronel D. Julio M. Cervantes,⁴ muy buen jefe, así por su valor personal como por sus conocimientos militares. Se componía de los batallones 4º y 5º de S. Luis Potosí, que veteranizaron después del sitio.

La brigada de Caballería estaba a las órdenes del Coronel D. Pedro Martínez⁵ que es un valiente jefe y un astuto y excelente guerrillero, aunque poco instruído en su arma y nada en las otras. Esta brigada se componía de los cuerpos 1º y 2º de Rifleros de Zaragoza y el 3er. Escuadrón de S. Luis.

El total de la División, es decir, seis batallones, tres baterías y cinco escuadrones, llegaría a una fuerza de 3,500 combatientes.

Esta División nunca pudo verse alguna vez reunida durante el sitio; ya no contaba generalmente sino con cuatro batallones, la artillería y alguna caballería, pues siempre tenía que cubrir algunos destacamentos importantes, ya para la línea activa, o para las reservas generales.

La 2a División estaba a las órdenes del Gral. Francisco Arce,⁶ Este jefe

chas privaciones. Se incorporó en Matamoros a las filas republicanas en 16 de junio de 1866, nombrándosele mayor general de la primera división del cuerpo del ejército del Norte.

En 1867 se encontró en la ocupación de Matehuala y de San Luis Potosí, y en la acción de San Jacinto. Concurrió al sitio de Querétaro. Ascendió a general de brigada en 23 de noviembre de 1880. En 1884 fue electo senador. Falleció en México el 14 de septiembre de 1895. (A.S.D.N.—C. XI/111/2-483.)

³ Luis G. Cázares, se ignoran el lugar y fecha de su nacimiento. General graduado el 12 de diciembre de 1871. Murió en México el 27 de noviembre de 1896.

⁴ Julio M. Cervantes, nació en la ciudad de Puebla, en 1839. Ingresó al Colegio Militar en 14 de enero de 1852, saliendo a filas como subteniente de infantería el 25 de octubre de 1853. Se encontró con el grado de coronel en el sitio de Querétaro de 1867. General de brigada el 4 de julio de 1882. Fue Gobernador de Querétaro y, posteriormente, gobernador y comandante militar de Coahuila, del 15 de diciembre de 1884 al 15 de febrero de 1886. Murió en la ciudad de México el 26 de octubre de 1909. (A.S.D.N.—C. XI/111/2-15-16508.)

⁵ Pedro Martínez, nació en Galeana, N.L., el 29 de abril de 1835. Inició sus servicios militares como cabo de la guardia nacional de Galeana en 30 de mayo de 1855. Tomó parte activa en la guerra de Reforma y contra la intervención francesa. En 1862, con el grado de comandante de escuadrón peleó en las Cumbres de Acultzingo y en la batalla del 5 de Mayo, en Puebla. En 1863 concurrió a la defensa de Puebla. En 1865, derrotó en Doctor Arroyo, N.L., al general francés Dupin. En 1867, se le extendió despacho de general de brigada. En 1869 y en 1871, se sublevó contra el gobierno del presidente Juárez. El 15 de febrero de 1815, reingresó al ejército. Falleció en Monterrey, N.L., en 15 de noviembre de 1891. (A.S.D.N.—C. XI/111/2-452.)

⁶ Francisco O. Arce, nació en Guadalajara, Jal., el 15 de marzo de 1831. En la acción de Churubusco se le encuentra como cabo de la guardia nacional en 20 de agosto de 1847, cuando sólo tenía 16 años. En 1862 militando a las órdenes del general Ignacio Comonfort y ostentando el grado de teniente coronel de Lanceros de Durango, se encontró en la acción de Cholula contra el ejército francés, que sitiaba la ciudad de Puebla. Asistió al asedio de la plaza de Querétaro en 1867. Gobernador del estado de Guerrero, del 25 de enero de 1869 al 28 de abril de 1873. Diputado al Congreso de la Unión en 1880. Nuevamente gobernador de Guerrero, del 25 de enero de 1869 al 28 de abril de 1876. Diputado al Congreso de la Unión en 1880. Nuevamente gobernador de Querétaro desde el 1º de abril de 1885 hasta el 19 de marzo de 1893. En 1900, presidente de la Suprema Corte de Justicia Militar. Falleció en la ciudad de México, el 10 de agosto de 1903. (A.S.D.N.—C. XI/111/2-45.)

¹ Jerónimo Treviño, nació en la hacienda de la Escondida, N.L., el 22 de noviembre de 1836. Inició su carrera como alférez, en 1858. Luchó en las guerras de Reforma y contra la intervención francesa. Concurrió a la batalla de Santa Isabel, a las órdenes del general Andrés S. Viesca, a la de Santa Gertrudis y al sitio de Querétaro. En 1871, se sublevó contra Juárez y en 1876, contra Lerdo de Tejada. Ascendió a general de División en 13 de marzo de 1877. Fué gobernador de Nuevo León y secretario de Guerra y Marina. El 30 de julio de 1909 fue nombrado jefe de la 3a Zona Militar. Se le concedió el retiro el 22 de junio de 1911, pero volvió al servicio en 25 de septiembre del mismo año. En febrero de 1913, le fue ofrecida por don Venustiano Carranza, la jefatura de la Revolución Constitucionalista, que no quiso aceptar. En septiembre del mismo año, el general Victoriano Huerta lo designó presidente del Supremo Tribunal Militar. En diciembre se dirigió a Estados Unidos. Falleció en Laredo, Texas, el 14 de noviembre de 1914. (A.S.D.N.—C. XI/111/1-194.)

² José Montesinos, nació en el puerto de Veracruz en 1839. Ingresó al Colegio Militar el 4 de julio de 1853. En 1854 salió al ejército, con el grado de alférez, para combatir a la revolución del Sur, encabezada por el general Juan Alvarez. Al triunfo de la Revolución de Ayutla, separóse de las filas del gobierno, para incorporarse a las que acudillaban los generales Miramón y Zuloaga. En 1857, se adhirió al Plan de Tacubaya. En 1861, con el motivo del amago de una intervención extranjera, Montesinos volvió al servicio del gobierno y ya incorporado en las filas liberales, en 1862, cubrió la retirada de las tropas mandadas por Zaragoza, después del desastre del cerro del Borrego. En 1863, fue de los defensores de Puebla, obteniendo allí el grado de coronel. Al rendirse la plaza fue hecho prisionero y deportado a Francia, en donde sufrió mu-

es de poco espíritu, de ninguna instrucción y algo indolente en el cumplimiento de sus deberes militares, pero en cambio, se ha notado últimamente que es muy apto y activo para las campañas electorales. Durante el sitio estuvo siempre enfermo, no habiendo logrado recobrar su salud hasta que penetramos en la plaza. Por esta razón fué sustituido en el mando, varias veces, por alguno de los comandantes de brigada. Esta división se componía de dos brigadas de infantería, dos baterías y una brigada de caballería. La primera de infantería era mandada por el Coronel Edelmiro Mayer,⁷ un aventurero extranjero de escasos conocimientos militares y de mediano valor personal: la formaban dos batallones, 2º y 7º de línea; la segunda, compuesta de los batallones 1º de Aguascalientes y 1º de Coahuila, estaba a las órdenes del Coronel José Rincón Gallardo,⁸ jefe de mediana instrucción militar pero valiente y muy cuidadoso de su tropa; la brigada de caballería, compuesta de los cuerpos 1º de Aguas Calientes y 2º de San Luis Potosí, la mandaba el coronel Pedro Rincón Gallardo,⁹ excelente jefe. La fuerza total de la División era, pues, de cuatro batallones, dos baterías, de las cuales, una de montaña y cuatro escuadrones, sumando 2,400 combatientes toda la División.

La División de caballería de reserva fue puesta al mando del Coronel Francisco Naranjo,¹⁰ pero sólo provisionalmente, siendo Treviño el jefe natural.

⁷ Edelmiro Mayer, nació en la República de Argentina, el 27 de mayo de 1837. Se inició en la carrera de las armas en su país de origen, en donde obtuvo el grado de mayor. Ofreció sus servicios militares al ejército del Norte en los Estados Unidos durante la guerra de Secesión, los que le fueron aceptados, dándosele el grado de teniente coronel y el mando de una compañía de negros libertados. En 1865, comenzó a prestar sus servicios en el ejército mexicano, con el empleo del teniente coronel. El 15 de enero de 1867, el presidente Juárez le ascendió a coronel. Asistió a la batalla de San Jacinto en el mismo año, concurrió al sitio de Querétaro, y al terminar éste, marchó a reforzar el cuerpo de ejército de Oriente, a las órdenes del general Porfirio Díaz, que sitiaba la plaza de México. En 1869, secundó el plan revolucionario contra Juárez, iniciado por el general Miguel Negrete. Capturado y sometido a juicio, el consejo de guerra que lo juzgó, lo sentenció a la pena de muerte, pero habiendo solicitado indulto, Juárez le conmutó la sentencia por la de 10 años de prisión. Al ascender a la presidencia el licenciado Sebastián Lerdo de Tejada, Mayer se acogió a la amnistía decretada por éste y reingresó al ejército en 1873. A mediados de 1878, abandonó la República, para dirigirse a la República Argentina, en donde continuó su carrera militar, alcanzando las charreteras de general. desempeñó el cargo de gobernador del territorio de Santa Cruz. Falleció el 4 de enero de 1897. (A.S.D.N.—C. XI/111/Mestre Chigliazza, *ob. cit.*, pág. 196.)

⁸ José Rincón Gallardo, nació en Aguascalientes, Ags., en 1838. Inició su carrera militar el 23 de junio de 1862. Militó a las órdenes del general Comonfort. En 1864 se apoderó de la plaza de Guanajuato. En 1867, concurrió al sitio de Querétaro. En 1902, el Presidente Porfirio Díaz le ratificó el grado de coronel que en 1864 le concedió el presidente Juárez. Falleció en México, D.F., el 20 de septiembre de 1908. (A.S.D.N.—C. XI/111/4-5327.)

⁹ Pedro Rincón Gallardo, nació en la hacienda de Ciénega de Mata, Jal., el 29 de junio de 1836. Inició su carrera militar como comandante de escuadrón el 28 de marzo de 1856. En 1862 formó una guerrilla pagada de su peculio, para combatir a los invasores. En 1863, concurrió a la defensa de Puebla. Fue conducido a Francia como prisionero de guerra. En 1865 regresó al país y empuñó nuevamente las armas contra los invasores. En 1867, asistió al sitio de Querétaro. En 1891 se le expidió el grado de general. Gobernador del Distrito Federal en 1893. Ministro plenipotenciario de México en Francia en 1897. En 1900 Ministro de México en Rusia. En 1904, ministro en la Gran Bretaña. Falleció en la ciudad de México el 1º de septiembre de 1909. (A.S.D.N.—C. XI/111/3-1430.)

¹⁰ Francisco Naranjo, nació en Lampazos, N.L., el 18 de abril de 1839. El 16 de mayo de 1855, sentó plaza como soldado de caballería en las tropas que organizó el gobernador Santiago Vidaurri, para secundar el Plan de Ayutla. Concurrió a muchos hechos de armas en el lapso 1855-1861. En 1862, combatió contra los franceses en los estados de Veracruz y Puebla. En 1863, asistió al sitio de Puebla y habiendo caído prisionero se fugó en Orizaba. En 1864 combatió contra su antiguo jefe Vidaurri, que ya había reconocido al Imperio. En el año de 1865, concurrió a muchos hechos de armas en los estados de Nuevo León, Coahuila, Tamaulipas y San Luis Potosí. El 1º de marzo de 1866, ya con el grado de coronel, asistió a la batalla de Santa Isabel, a inmediaciones de Parras, Coah. El 16 de junio del mismo año, con el mando de la segunda brigada del Ejército del Norte, concurrió a la batalla de Santa Gertrudis, Tamps., contra las tropas imperialistas mandadas por el general Rafael Olvera. Concurrió al sitio de Querétaro en 1867 y a las últimas operaciones del sitio de la ciudad de México. En 1868 fué nombrado Inspector General de las Colonias Militares de la Frontera del Norte y con ese carácter emprendió una vigorosa campaña contra los indios bárbaros. Defendiendo el Plan de la Noria, concurrió a la toma de Candela, Coah., y al asedio y toma de Saltillo, en 1871; y a las batallas de Zacatecas y Topo Chico. También concurrió a otros hechos de armas defendiendo el Plan de Tuxtepec. El año de 1877 se levantó en armas contra el gobierno del presidente Lerdo de Tejada. Secretario de Guerra y Marina desde el 1º de enero de 1882 hasta el 30 de noviembre de 1884. Murió en México el 22 de junio de 1908. (A.S.D.N.—C. XI/111/1-144; Naranjo, Lampazos, pp. 153-170.)

Naranjo es un jefe activo, valiente y emprendedor, pero desprovisto de instrucción, tanto civil como militar, poseyendo en cambio aquella astucia natural para la pequeña guerra que constituye a un buen guerrillero. Esta División se componía de tres brigadas a saber: la formada con los cuerpos: Legión del Norte, Carabineros de Lampazos y 3º de S. Luis, al mando del Coronel Loera,¹¹ jefe de ningún mérito como soldado, pero al menos, pundonoroso; la 2ª tenía por cuerpos al 1º de Parras y 4º de San Luis Potosí, y estaba a las órdenes del Coronel Laing,¹² buen jefe de Caballería, valiente y pundonoroso; la 3ª era formada por los Cuerpos 1º y 2º de rifles de Coahuila y exploradores de la frontera, la mandaba el Coronel Victoriano Zepeda,¹³ jefe algo maniático y atrabiliario (sic) pero muy valiente y entendido.

La División contaba, pues, con 14 escuadrones, o sea 1,400 sables. La Brigada mixta del Cuartel General estaba bajo el mando del Coronel Miguel Palacios,¹⁴ jefe valiente y algo instruido en su arma, aunque de una capacidad limitada, pero aplicado y estudioso; dicha Brigada se componía de los batallones Supremos Poderes, el de Nuevo León y el de Durango, que más tarde fue 8º de línea, una batería de montaña, el Cuerpo de Cazadores de Galeana y una compañía del Cuerpo de Caballería de línea; total; tres batallones, una batería y cinco escuadrones, sumando todos, dos mil hombres.

Así pues, todo el Cuerpo de Ejército del Norte contaba con trece batallones, seis baterías de campaña y veinte y ocho escuadrones, formando un total de 9,300 hombres. El parque general de artillería se componía de dos baterías de campaña y una de sitio de calibre 24

El de Ingenieros sólo consistía en unos 500 o 600 útiles de zapa, de muy mala calidad, como requisitados en las haciendas y ranchos.

¹¹ Manuel F. Loera, nació en la ciudad de Zacatecas el año de 1839. Inició su carrera militar en 30 de octubre de 1855, en el batallón de Zacatecas. Concurrió al sitio de Puebla en 1863, habiendo sido hecho prisionero y deportado a Francia. Asistió al sitio de Querétaro en 1867 y a la ocupación de la capital de la República. Ocupó varias veces el puesto de magistrado del Supremo Tribunal Militar. Murió en México, D.F., el 13 de septiembre de 1913.

¹² Emiliano Laing, nació en Parras, Coah. Concurrió al sitio de Querétaro en 1867. En 1871, se levantó en armas contra el gobierno del licenciado Benito Juárez y se agregó a la amnistía decretada por el presidente Lerdo de Tejada, entregando sus armas en Cuatro Ciénegas, Coah.

¹³ Victoriano Cepeda, nació en Saltillo, Coah., el 22 de marzo de 1826. Hizo sus estudios en su ciudad natal, en Monterrey y en Guadalupe. En los años de 1850, 1851 y 1852, desempeñó la cátedra de latín en el Colegio Josefino de Saltillo, y del año de 1853 al de 1858, cubrió dos cátedras de filosofía en el mismo colegio, dirigido por el presbítero Manuel Flores Gaona. El 1º de mayo de 1858 inició sus servicios militares como capitán de la Guardia Nacional de Coahuila y Nuevo León. Peleando siempre en la filas liberales conquistó sus ascensos hasta obtener el despacho de general de brigada en 15 de octubre de 1864. Concurrió a la batalla de Ahuahulco en 1858, y el 11 de abril de 1859, a las órdenes del general Santos Degollado, a la derrota de Tacubaya. Concurrió a muchos hechos de armas, entre ellos, la batalla de San Lorenzo, a inmediaciones de Puebla, el 8 de mayo de 1863. Cuando Vidaurri se adhirió al imperio, Cepeda luchó contra su antiguo jefe. Concurrió a la batalla de Santa Isabel el 1º de marzo de 1866 y también a la de Santa Gertrudis. Asistió al sitio de Querétaro en 1867. Gobernador de Coahuila desde el 15 de diciembre de 1867 al 6 de marzo de 1869, del 10 de junio de 1869 al 10 de febrero de 1870, del 3 de junio de 1870 al 5 de diciembre de 1871, fecha en que fue tomada la plaza de Saltillo, atacada por fuerzas revolucionarias a las órdenes del general Jerónimo Treviño. El general Cepeda reasumió la gubernación de Coahuila el 5 de agosto de 1872, desempeñándola con varias interrupciones, hasta el 30 de diciembre de 1873. Concurrió a la batalla de Topo Chico, N.L. Desde el año de 1874 se retiró del servicio militar y estableció en la villa de Patos, hoy General Cepeda, Coah., un pequeño comercio, viviendo en la mayor pobreza hasta el año de 1884, en que se le mandó extender despacho de general de brigada. Los últimos años de su vida los pasó en la ciudad de Guadalupe Hidalgo, D.F., en donde falleció el 23 de noviembre de 1892. Sus restos fueron trasladados a Saltillo, Coah., el 22 de noviembre de 1908. (A.S.D.N.—C. XI/111/2/789; Cárdenas, José M., Biografía del Sr. Gral. Victoriano Cepeda, Saltillo, 1903.)

¹⁴ Miguel Palacios, nació en Ciudad García, Zacatecas, el año de 1838. Ingresó a la carrera de las armas como alférez de la Guardia Nacional de Zacatecas el 1º de marzo de 1857. Durante la Guerra de los Tres Años, concurrió a diversas acciones, alcanzando el grado de comandante de escuadrón. En 1862, se encontró con la sorpresa del Cerro del Borrego, habiendo sido ascendido a teniente coronel. Asistió a la defensa de Puebla en 1863, habiendo sido hecho prisionero y deportado a Francia. Regresó a México en 1864, militando a las órdenes del general Miguel Negrete. En abril y mayo de 1865 concurrió al asedio del puerto de Matamoros. En 1866, asistió a la batalla de Santa Gertrudis y en 1867 se encontró en el sitio de Querétaro. El 27 de septiembre de 1873 se le ratificó el grado de general de brigada. En 1872 se sublevó contra el gobierno de Juárez y en 1873 militó en la campaña de Alicia. A la caída del presidente Lerdo de Tejada, al igual que Escobedo, inició una revolución, siendo aprehendido en 1877. Estuvo preso en la Prisión Militar de Santiago hasta el año de 1878, perdiendo su carácter militar. El año de 1881 fue llamado al servicio militar. Falleció el 9 de octubre de 1886 en la ciudad de Zacatecas. (A.S.D.N.—C. XI/111/2/15-725.)



Desempeñaba las funciones de cuartel maestre del Cuerpo de Ejército, el Gral. D. Jesús Díaz de León,¹⁵ hombre de una completa ignorancia militar, de ningún valor personal, y que habiéndose separado del servicio la mayor parte del tiempo que duró la guerra de intervención, yéndose a vivir en una población ocupada por el enemigo, a quien manifestó ciertas simpatías, su patriotismo se hizo problemático a los ojos de los jefes y oficiales del Ejército del Norte, quienes lo veían mal y nunca pudieron comprender que clase de circunstancia había impulsado al general en jefe para confiarle un encargo tan delicado e importante y que requería como primera condición, el saber y el valor a toda prueba.

El Comandante General de artillería lo era el Gral. D. Francisco Paz,¹⁶

¹⁵ Jesús Díaz de León, nació en San Luis Potosí en el año de 1836. Causó alta como subteniente auxiliar el 15 de diciembre de 1853. En 1860 militó a las órdenes del general José López Uruga, de quien se separó en Acámbaro para unirse a las fuerzas del general Nicolás de Régules. En 1863, ya con el grado de coronel, asistió a la defensa de Puebla. En 1866 comandaba las fuerzas republicanas de Tamaulipas y en 1867, asistió al sitio de Querétaro. Ascendió a general de brigada el 23 de marzo de 1870. Diputado al Congreso de la Unión en los años de 1872 y 1875. En 1877 abandonó el territorio nacional por cuestiones políticas, para regresar hasta el año de 1879. Falleció en la ciudad de Puebla el 7 de agosto de 1891. (A.S.D.N.—C. XI/111/2-206.)

¹⁶ Francisco Paz, nació en México, D. F., el 13 de octubre de 1824. Ingresó al Colegio Militar el 16 de junio de 1841, para salir de allí con el empleo de teniente de artillería. Desempeñó varias comisiones en la Fábrica de Armas. En 1847, concurrió a los hechos de armas que se registraron en el Valle de México contra los angloamericanos. En 1858, siendo teniente coronel, se encontró entre los defensores del puerto de Veracruz, obteniendo el ascenso a general coronel. En mayo de 1861, solicitó y obtuvo licencia absoluta, pero al desembarcar en Veracruz las primeras fuerzas de la alianza tripartita, volvió al servicio con su propio grado. En 1862, asistió a varios hechos de armas contra las fuerzas francesas. En los meses de marzo, abril y mayo de 1863 se encontró entre los defensores de la plaza de Puebla, como comandante general de artillería. Hecho prisionero, fue deportado a Francia, de donde regresó en 1866 y en ese mismo año asistió al sitio y toma de plaza de Matamoros. Concurrió al asedio de Querétaro y fue uno de los jefes que tomaron posesión de la Cruz en 15 de mayo de 1867, ascendiendo en la misma fecha a general de brigada. En 1868 el presidente Juárez le concedió patente de licencia absoluta. Volvió al servicio de las armas en 1874, y en diciembre del mismo año, marchó a Europa, con la comisión de estudiar los armamentos y la organización de los ejércitos de Prusia, Francia e Inglaterra, regresando en 1876. Sintiendo enfermo, se retiró del servicio en el mismo año, pero regresó al ejército en 1878, nombrándose cónsul en Génova. En 1879 recibió nombramiento de secretario de la Legación de México en Italia. En 1881, fue nombrado agregado militar en París. Falleció en la capital francesa el 16 de noviembre de 1888. (A.S.D.N.—C. XI/111/2-560.)

jefe sumamente instruído, de grande capacidad y que hasta hoy goza de la reputación de ser el primer artillero del Ejército; en cambio es de mediano valor personal aunque muy pundonoroso; poco a propósito para las grandes fatigas, por ser de una complexión delicada; por lo demás, es un patriota y honrado ciudadano; tengo motivos para conocerlo bien, puesto que fue mi maestro en el Colegio Militar en los cursos de Mecánica Racional y de Geometría Descriptiva. No había comandante general de ingenieros, sino tan sólo algunos oficiales subalternos insignificantes y que pocos servicios prestaron durante el sitio; por esta razón, los jefes de línea organizaron por sí mismos sus trabajos de fortificación, como cada cual lo entendía, de donde resultó esa imperfección e irregularidad que caracterizaba nuestra línea de circunvalación.

Entre los comandantes de cuerpos, capitanes y oficiales subalternos, lo había muy buenos e inteligentes, pero en general, eran de poca instrucción, pues no había habido tiempo para instruírlos suficientemente. Esto mismo sucedía con nuestra tropa, que fuera de este defecto, era inmejorable por su valor, sobriedad, fortaleza para la fatiga y abnegación para la patria.

Este era el Cuerpo de Ejército del Norte, que en la Frontera y en los Estados de S. Luis, Aguascalientes y Guanajuato, había alcanzado importantes triunfos, y que durante el sitio de Querétaro, debía de ser el único cuerpo de tropas capaz de combatir con ventaja a las aguerridas y valientes fuerzas del Imperio, y por lo mismo, la única ventaja par obtener la victoria.

JORNADA DEL 14 DE MARZO DE 1867

Desde que terminó el general en jefe sus reconocimientos de las inmediaciones de la plaza, a la verdad bien incompletos, pensó en ocupar el cerro de San Gregorio, que el enemigo había descuidado de guarnecer y fortificar; este punto era indispensable apoyo para poder ejecutar con ventaja la embestida de la plaza. El adversario adivinó seguramente el plan de nuestro general y determinó reparar el descuido que había cometido, pues desde la noche del 13 de Marzo mandó ocupar el cerro de S. Gregorio con fuertes destacamentos, según parece, a las órdenes del Gral. D. Severo Castillo.¹⁷

¹⁷ Severo del Castillo, nació en Guadalajara, Jal., el año de 1822. Ingresó en 1833, al Colegio Militar. En 1847 se encargó de las fortificaciones de la línea de la Coyuya a la Candelaria. En 1856, secundó con la brigada que estuvo a sus órdenes, el pronunciamiento de Zacapoaxtla, avanzando sobre la plaza de Puebla, la que hizo rendirse, para quedarse dentro de la misma plaza y sostener el sitio que le pusieron las tropas del gobierno. Del Castillo hubo de salir desterrado del país. En 1863 comenzó a servir al imperio por recomendación especial de Miramón, pero el mismo año fue desterrado por las autoridades liberales del Estado de Guerrero, sufriendo una prisión que duró un año, en la Alta California. En abril de 1865, Maximiliano lo nombró comandante de la 7a. división, en Yucatán, pero poco después se le relevó, pasando nuevamente a la capital. A principios de 1867, concurrió a varios hechos de armas contra los liberales, replegándose a Querétaro, en donde se mantuvo durante todo el sitio. Capturado en Querétaro, fué condenado por un Consejo de Guerra a sufrir la pena capital. Los principales vecinos de la capital queretana, solicitaron al presidente Juárez, que se encontraba en San Luis Potosí, el indulto del condenado a muerte, pero el jefe del Ejecutivo lo negó rotundamente. Corre la versión de que en la víspera de la ejecución, el general Severo del Castillo, que se encontraba preso en el cuartel del 5º Batallón de San Luis Potosí, que mandaba el coronel Carlos Fuero, solicitó de éste, que había sido subordinado en el batallón de Zapadores, permiso para pasar su última noche fuera del cuartel, cosa que le fue concedida por Fuero. Y agrega la misma versión, que momentos después de haber salido del Castillo del cuartel, llegó a éste el general Rocha, que en esa fecha desempeñaba el cargo de "General de Día". Rocha, también había sido subordinado de del Castillo y quiso saludarlo. El oficial de guardia se vió constreñido a informar que el general Castillo no se encontraba en el cuartel, por haber salido con permiso del coronel Fuero. Rocha, que llevaba íntima amistad con Fuero se dirigió al sitio donde éste dormía. Lo despertó, inquiriendo por el general Castillo. Fuero respondió que él le había dado permiso para pasar la noche fuera del cuartel. Rocha le hizo reproches y le señaló la responsabilidad en que incurría en caso de que no se presentase don Severo; Fuero, malhumorado, dijo a Rocha: "Déjame dormir. Don Severo es un hombre de honor y tengo la seguridad de que se presentará al toque de diana. Si no se presenta, me fusilan a mí..." Rocha durante toda la noche, visitó las guardias de Querétaro pero un poco antes de las cinco de la mañana, se presentó en el cuartel del 5º batallón de San Luis y conversaba con el comandante de la guardia, cuando el centinela llamó al cabo de cuarto: se presentaba puntual el general Severo del Castillo. Rocha, influyó para que se suspendiera la ejecución y logró que la pena se conmutara por la de prisión de diez años en el castillo de San Juan de Ulúa (Torrea, "Sóstenes Rocha", pp. 41-42.). El general del Castillo fue trasladado a la fortaleza de Ulúa. En 9 de agosto de 1870, solicitó guardar su prisión en otro sitio, por serle nocivo el clima de Veracruz. Juárez resolvió que no era de accederse. Seguramente se le concedió con posterioridad, pues murió en la ciudad de México el 23 de mayo de 1872. (A.S.D.N.—C. XI/111/2/146.)

El plan del Gral. Escobedo era llamar la atención de la plaza por medio de un ataque falso sobre la Cruz, porque era indudable que empleando el enemigo sus reservas en el contraataque, resultaban mayores probabilidades de buen éxito en el ataque real que debía dirigirse sobre S. Gregorio. Se determinó en consecuencia que el Gral. Treviño con la 2a División reforzada por una de las brigadas de la mía, atacase a la referida posición, apoyándose en la División de caballería que debía mantenerse en segunda línea todo el tiempo del ataque, pero cargándose de preferencia hacia el flanco derecho, tanto por resultar éste el más débil, como para estar en cuidadosa observación de los movimientos que la caballería de la plaza pudiera emprender por ese lado, como el más propio para efectuar una salida.

El Gral. D. Ramón Corona, jefe del Cuerpo de Ejército de Occidente, con el cual acampaba yo sobre el cerro de los Molinos, a un lado de la Cuesta China, debía con su primera División, a las órdenes del Cuartel Maestro de dicho Cuerpo de Ejército, el Gral. Canto¹⁸ ordenar se diese el ataque falso sobre la Cruz pero con la prescripción de transformarlo en real y ocupar decididamente dicho puesto si las circunstancias eran favorables desde un principio de la operación, que debía comenzar a las siete en punto de la mañana.

En cuanto a mí, con la parte que me quedaba de mi División, reforzada por dos cuerpos de caballería, Cazadores de Galeana y otro de tropa irregular, tenía que apoyar la izquierda de la línea del falso ataque, manteniendo al mismo tiempo en jaque a la caballería contraria, que se veía desplegada por escuadrones en masa a las inmediaciones de la Alameda de Querétaro, y por cerca de la gola de la fortificación de la Casa Blanca.

A las siete en punto de la mañana, ya yo había descendido al vallecillo, y mandado desplegar en dos líneas, tres batallones y la artillería en la primera y el otro batallón con la caballería divisionaria en la segunda. Por la derecha me apoyé en la hacienda de Calleja que hice ocupar fuertemente; por la izquierda en una de las faldas del Cimatario, gran montaña que se encuentra hacia el Sur de Querétaro.

Cuando terminó mi despliegue, mandó el Gral. Corona hacer la señal para que se principiase la operación; las columnas designadas se dirigieron rápidamente y llenas de brío, a ejecutar en primer lugar la embestida de la huerta de la Cruz, y proceder inmediatamente al asalto; el movimiento no carecía de gran impulso y energía, pero era practicado sin orden ni método alguno y faltaba la presencia del jefe, tan indispensable en esos momentos. Yo mandé en el acto abrir los fuegos de artillería, sobre la caballería enemiga, que tuvo que modificar su expresa formación por sufrir menos los efectos de los proyectiles. Las baterías de la Alameda, entablaron al punto con las mías un vigoroso cañoneo.

La enérgica resistencia de los defensores de la Cruz, así como el mortífero efecto que la metralla producía en las columnas del ataque, paralizaron su impulso, visto lo cual, a fin de volver a su vigor aquella valiente tropa así como también, para dar mayor seguridad a mi flanco derecho, hice atacar el punto de San Francisquito por el 1º de línea, haciendo que el ataque coincidiera con una lenta marcha en batalla al frente, ejecutado por ambas líneas, esto me dió por resultado adquirir una magnífica posición al abrigo de un gran vallado y de varias sementeras, y que San Francisquito cayera en mi poder bien que la fuerza que lo defendía era insignificante. Dejé una compañía guarneciendo dicho punto, la que rompiendo sus fuegos casi de revés contra la Cruz, produjo ciertamente desconcierto en los defensores de la Cruz, del que se aprovecharon los asaltantes para recobrar su energía y volver a vigorizar el ataque.

En estos momentos, se empeñó el combate en el cerro de San Gregorio con tanta viveza, que las descargas de artillería y de fusilería producían una sola detonación, toda la parte del Norte y Oriental de Querétaro, quedó prontamente envuelta en densas nubes de humo.

Me parecía evidente que: tanto por lo vigoroso del combate de San Gregorio, como porque según mis observaciones, ninguna reserva había venido a reforzar la Cruz, todas aquellas de que el enemigo podía disponer, con excepción de la caballería, se encontraban fuertemente empeñadas en el pri-

¹⁸ Benigno Canto, nació en Morelia, Mich., el año de 1832. Se ignora la fecha en que comenzó sus servicios en el ejército, pues en su expediente sólo consta que en el año de 1858, servía a las órdenes del general Epitacio Huerta, con el grado de coronel. En 1864, militó a las órdenes del general Régules, hasta que fué hecho prisionero. En 1865, fué canjeado y en 1867 asistió al sitio de Querétaro. El 18 de agosto de 1868 mandó asesinar al general José María Patoni, en la ciudad de Durango. Tras un largo proceso, fué condenado a diez años de prisión. Murió en Durango el 27 de abril de 1873.

mer punto, tanto por esta convicción, como porque los tiradores del adversario que ocupaban las alturas de los montes, estaban produciéndome serias pérdidas que hasta uno de mis ayudantes y mi corneta de órdenes habían sucumbido, determiné avanzar una media batería sostenida por el primero de línea, hasta situarla en un solar bastante internado en la ciudad, desde donde se batía perfectamente a metralla las alturas citadas. El resultado correspondió a mis esperanzas, los fuegos de los flancos se hicieron más y más flojos y al fin, ya no nos produjeron efecto alguno.

En estos momentos, hostigada sin duda por nuestra caballería, la caballería adversa, viendo que nuestras tropas estaban desplegadas en terreno favorable para su acción e inquietándose también al vernos algo internados en la población, se lanzó sobre nosotros la carga, el 6º batallón que estaba a la izquierda de la línea y era el punto más vulnerable, formó el cuadro, y el Cuerpo de Cazadores de Galeana, cerró en columna por escuadrones a distancia de carga de dicho batallón, para poder protegerlo en caso ofrecido, además, ordené que no se hiciera fuego sino a quemarropa y que las baterías no se dispersasen sino hasta el momento en que el enemigo entrara de lleno dentro de la zona de la metralla. Al llegar ese instante, cuatro piezas dispararon a un tiempo sobre la cabeza de la carga, se paraliza, notamos cierta oscilación, y aun algún desorden en las filas, pero poco después se rehacen aquellos cuerpos de veteranos, ejecutan media vuelta por secciones y se retiran ordenadamente y al paso, bajo la lluvia de nuestros proyectiles que los persiguen sin descanso, hasta que se ponen a larga distancia y algo cubiertos de nuestras baterías. Nuestra actitud debe haber hecho conocer a aquel enemigo inteligente que tenía que habérselas con soldados y no con masas indisciplinadas, como se creía generalmente entre ellos. Por lo demás, algunos de sus cuerpos habían experimentado en la batalla de S. Gertrudis, cerca de Camargo, y de la manera más cruel el vigor de nuestras tropas.

Entre tanto, seguía más y más encarnizado el combate de San Gregorio; he sabido después y lo supuse desde antes que fué muy mal conducido. Que los cuerpos sin enlace, ni conjunto alguno se batían aisladamente, supe también, que algunos de éstos se portaron con tanto arrojo, que penetraron a las primeras calles de la ciudad pero agobiados por las fuertes reservas del enemigo, se vieron obligados a retirarse después de sufrir considerables pérdidas en muertos, heridos y prisioneros. El valiente Gral. Miramón, que según supimos luego, se encargó del mando de las tropas de la defensa, se multiplicaba por todas partes, los entusiastas gritos del adversario anunciaban su presencia en los puntos de mayor peligro, si el jefe del ataque hubiese desplegado la misma energía, es evidente que ese día se hubiera, por lo menos, efectuado una brillante embestida y la plaza hubiera quedado ceñida militarmente.

La acción llegó a quedar neutralizada, por ciertos momentos; ni nuestras fuerzas ni las de la plaza, podían disponer de una reserva tan fuerte como las circunstancias lo exigían. Pero como el ataque a la Cruz, cuyo carácter desconocía el enemigo, y el avance hasta algunas calles de la población aumentaba la gravedad de la situación del adversario, tuvo éste, al fin, que replegar sobre la plaza, quedando nuestras tropas dueñas de San Gregorio. Al terminar las operaciones en este punto, el falso ataque de la Cruz, había también concluído por completo, con grandes pérdidas por nuestra parte, quedando prisioneros algunos valientes soldados que habían logrado penetrar hasta la huerta del convento. Es indudable, que con mejor dirección y otro jefe que Canto, a la cabeza del ataque y que yo hubiera recibido la orden de atacar igualmente por mi flanco, a la Cruz, hubiera esta llave estratégica caído en nuestro poder y, por lo mismo, la resistencia de la plaza hubiera sido casi efímera, pero aleccionado para lo sucesivo el adversario, reforzó todas las fortificaciones de tan importante punto, extendió sus defensas y tomó tales disposiciones, que hacían sumamente difícil el buen resultado de un segundo ataque.

En cuanto noté que el combate de San Gregorio había cesado, y que se replegaban nuestras tropas del ataque de la Cruz, me apresuré a volver mi primera posición de la mañana, abandonando a San Francisquito que el enemigo tardó mucho en ocupar de nuevo. Para que no se apercibiera de mis movimientos retrógrados la caballería enemiga, mandé que se ejecutase por escalones por la derecha, de suerte que cuando mi ala izquierda emprendió el suyo, ya fué bajo la protección de toda la línea, así adquirimos, además de las ventajas propias para contener una brusca persecución de la caballería del adversario, las de proteger con eficacia a las tropas que se retiraban del frente de la Cruz.

Como era natural, la caballería contraria intentó cargar de nuevo al observar el movimiento de mi último escalón, único que podía haber visto, pero a pesar de haber iniciado la carga, la suspendió sin duda por notar que ya la oportunidad de aquella maniobra había pasado, puesto que toda la línea estaba de nuevo fuertemente posesionada. No dudando, que el infatigable Gral. Miramón, ocupado del combate de San Gregorio y no conociendo a la Plaza, que mi tropa se hallase aún tan inmediata a ella, le ocurriría venir sobre mí, afirmé lo más que pude mi posición, concentrando mi apoyo principal en la hacienda de Calleja, que hice poner en estado de defensa, aunque tan imperfectamente como me lo permitió el cortísimo tiempo de que pude disponer, y en esta situación, esperé se realizaran mis previsiones, como no tardó en suceder. En efecto, como a las cinco y media de la tarde apareció aquel jefe a la cabeza de un fuerte trozo de caballería dirigiéndose exactamente contra mí, a la derecha; esta vez avanzaron los dragones con mucha decisión hasta tiro de pistola de nuestra línea. Con el objeto visible de romperla, sin embargo, sus esfuerzos fueron vanos; el fuego directo del 1o. de línea, que estaba bien posesionado de Calleja, y el oblicuo del 4o. batallón, que cogía de flanco a la columna enemiga, la hicieron detener, vacilar y al fin retirarse no sin dejar en el campo algunos muertos y heridos.

Así terminó aquella jornada. Ignoro las pérdidas que pudo haber sufrido el enemigo, pero debe suponerse fueron de consideración; en cuanto a nosotros, puede asegurarse que tendríamos como 700 hombres fuera de combate en los diferentes puntos de operación, es decir, por San Gregorio, la Cruz y los lugares en que yo maniobré.

Yo recibí orden del Gral. Corona, para retirarme a mi campamento de la Cuesta China, tan luego como observase un disparo de cañón en las crestas del cerro de los Molinos, donde aquel jefe había fijado su cuartel general.

A las 8 en punto de la noche, sonó ese tiro; emprendí en punto la retirada por escalones igualmente que lo había hecho en la tarde, siendo Cazadores de Galeana reforzado por una compañía de 3o. de línea, el último escalón de la retirada. El enemigo no se apercibió absolutamente del movimiento y en consecuencia, no nos inquietó durante él, en lo más mínimo.

A las 10 de la noche, todas mis tropas ocupaban sus campamentos en la Cuesta China. La jornada no dió más resultado estratégico que la adquisición del cerro de San Gregorio, puesto que debía servir para apoyar la línea de circunvalación por la parte del Norte, fuera de cuya circunstancia carecía de importancia estratégica y no tenía ninguna, táctica.

JORNADA DEL 24 DE MARZO DE 1867

Al sur de Querétaro y cerca de la Alameda, se encuentra un gran edificio llamado la Casa Blanca. Este punto de apoyo de la Plaza, formaba uno de los salientes de la línea de defensa, pero tenía el defecto de ser perfectamente dominado por las faldas del Cimatario, lo cual prestaba cierta facilidad para atacarla. El enemigo lo había puesto en regular estado de defensa, armándolo con algunos cañones y protegiéndolo por su flanco izquierdo con baterías levantadas en los linderos de la Alameda. El Gral. Escobedo imaginó, con sobrada razón, que la adquisición de este saliente sería de la mayor importancia, así para activar las operaciones del sitio, como para que ligada con la línea de Yépez¹⁹ por nuestra izquierda, quedase definitivamente cerrada la línea de circunvalación. En consecuencia, determinó atacarla expidiendo todas las órdenes respectivas que pueden resumirse del modo siguiente:

El Comandante en jefe del Cuerpo de Ejército de Occidente atacará con la fuerza que crea necesaria la Casa Blanca, que ocupará sólidamente, aprovechándola como puesto de apoyo para la apertura de la trinchera. El Gral. Comandante de la 1a. División del Cuerpo de Ejército del Norte, apoyará el ataque desplegando sus tropas en la planicie, comprendida, entre el pie de las faldas del Cimatario y la Alameda de Querétaro y de modo que for-

¹⁹ Pedro P. Yépez, nació en la ciudad de Guanajuato, el 23 de octubre de 1840. Ingresó a la Guardia Nacional del estado del mismo nombre el año de 1856, luchando siempre en las filas liberales. En 1863, concurrió a la defensa de Puebla. Fué hecho prisionero y se fugó en San Agustín del Palmar. Luchó contra los soldados de la intervención en Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas y Durango, en los años de 1865 y 1866. Concurrió al sitio de Querétaro. Magistrado de la Suprema Corte de Justicia Militar, desde 1882 hasta 1896. En 1903 se le expidió patente de retiro. En abril de 1913 se le llamó al servicio y fué ascendido a general de división en 15 de mayo del mismo año. Falleció en la ciudad de México el 19 de octubre de 1913. (A.S.D.N.—C. XI/111/2/776.)

men un martillo ofensivo respecto a las del ataque, sin tomar parte en éste, más que para proteger la retirada en caso de revés. El ataque tendrá lugar precisamente el día 24 del corriente, la hora y los detalles de la operación serán fijados por el referido Gral. en jefe del Cuerpo de Ejército del Occidente.

Esta disposición me fué comunicada en la noche del 23, previniéndose-me además, que me pusiese a las órdenes del Gral. Corona, con la fuerza de mi mando. Así lo verifiqué, y este jefe me mandó que el 24 al despuntar el día, emprendiese la marcha con mis tropas al cuartel general. A las seis en punto del día citado, ya estaba yo en él; en esos momentos las fuerzas del ataque bajaban de la Cuesta China por el camino de México, dirigiéndose sobre las faldas altas del Cimatario, para ejecutar todos los preliminares del ataque. El despliegue se verificó en posición paralela a la Alameda pero fuera del alcance de las baterías enemigas. El Gral. Corona, que en la jornada del 14 había notado la disciplina y solidez de mis soldados, me pidió un batallón, diciéndome que me lo reemplazaría con uno de los suyos, al instante puse el 6o. de línea a su disposición y poco después se puso a la mía, por orden del Gral. citado, uno de los batallones de Sinaloa. Después de dar algunos momentos de descanso, proseguí mi marcha descendiendo, a mi vez, de la Cuesta China en columna cerrada por compañías, al llegar a la planicie mandé desplegar en batalla, hacer alto y procedí en persona a practicar mis reconocimientos. No tuve mucho que trabajar en esto, puesto que el terreno me era muy conocido desde la jornada del 14, avancé pues, hasta la posición más conveniente y mandando poner mis fuerzas en batería en los puntos que juzgué más ventajosos, abrí el fuego sobre la artillería enemiga situada en la Alameda, tanto para atraerme su atención y que no molestaran mucho el ataque, cuanto porque con gran sorpresa mía, éste ya comenzaba; serían las siete de la mañana. Dije con sorpresa, porque yo esperaba que el Gral. Corona preparase su ataque por medio de un riguroso cañoneo, para ir protegiendo el avance de sus tropas, pero nada absolutamente, vi bajar tres columnas paralelas de ataque, más bien contra el frente fortificado y artillado de la Alameda, que sobre la Casa Blanca, y en consecuencia, sobre el punto más fuerte del gran entrante que por aquella parte afectaba la línea de defensa y donde era más intenso el cruzamiento de los fuegos, además esta fatal dirección del ataque trajo consigo otra triste consecuencia y fué la de obligarme a suspender mis fuegos de artillería por temor de ofender a nuestras propias tropas, dejando así en una tranquilidad absoluta a un gran trozo de caballería, que estaba formada en masa tras la Casa Blanca y protegida por ésta y a la cual yo me había propuesto hostilizar aunque hubiera sido a todo el alcance de mis fuerzas. Nuestras columnas de ataque descendían de las faldas bajas del Cimatario resueltamente sobre la planicie, cuyas polvaredas al levantarse en el terreno las cubrían casi a mi vista; sin embargo, puede notar que marchaban descubiertas, sin sus respectivas cortinas de tiradores, pues tan sólo se veía una insignificante guerrilla, que se adelantaba vacilante y como queriendo abrigarse contra una de las columnas y que había cometido la torpeza de romper el fuego a larguísima distancia, lo que habiéndola desorganizado por completo, la hacía más nociva que útil en aquellos críticos momentos. El resto del Cuerpo de Ejército de Occidente, cuya fuerza para ese ataque se elevaba a 12,000 hombres, permanecía formando en batalla como frío espectador de la operación aun fuera del alcance del cañón, y sólo cuando las columnas se habían adelantado mucho, fué cuando se avanzaron algunas piezas de artillería que abrieron sus fuegos tirando por encima de los asaltantes. Era inconcebible tanta falta de pericia, para llevar a cabo una operación tan común, como es el ataque de un puesto mal fortificado y armado con escasa artillería.

Sucedió, al fin, lo que por precisión tenía que suceder, en una función de armas llevada sin preparación, sin concentración ni alcance alguno, sin método y empeñando tan sólo una parte tan insignificante de tropas con relación al número de las disponibles, las columnas rompieron su formación haciéndose una masa confusa y desordenada, a la que en vano trataban los oficiales de dar la forma de un despliegue, y por último, después de disparar a un tiempo todos los soldados sus armas, voltearon caras huyendo en medio de la más espantosa dispersión. El adversario lanzó en el acto su caballería, precisamente apostada como he dicho cerca del teatro del combate, la que comenzó a alancear y acuchillar dispersos, sembrando el pánico que se trasmitió prontamente hasta el grueso de las fuerzas que no habían tomado parte en el combate y que aunque sin dispersarse, pronunciaron un rápido movimiento retrógrado hacia las altas cumbres de la montaña. Únicamente el 6o. batallón, que había yo puesto a disposición del Gral. Corona, perma-

neció en su puesto, formó el cuadro y rompiendo el fuego a quemarropa sobre la caballería enemiga cooperó eficazmente a amortiguar el impulso de la impetuosa persecución.

No perdí el tiempo en estar contemplando aquel desastre, lancé mi caballería a las órdenes del valiente coronel Pedro Martínez previniéndole se interpusiese entre nuestras dispersadas y el adversario. A continuación, rompí en columna por la izquierda y emprendiendo la marcha al paso veloz, me dirigí sobre las huellas de mi caballería para sostenerla desde luego y en seguida para restablecer el combate y proseguir por mi cuenta la operación, si esto era posible en las actuales circunstancias.

La caballería enemiga no esperó la carga de la mía, suspendió oportunamente la persecución y llevándose una multitud de prisioneros se replegó con celeridad a la Plaza.

Cuando a la cabeza de mi infantería llegué al terreno de la acción, todavía estaba el 6o. batallón formado en cuadro, rodeado de cadáveres de hombres y de caballos y con su música en el centro que tocaba el himno nacional. Hice que mis soldados vitoreasen al paso a aquel bizarro cuerpo que incorporé inmediatamente a mis fuerzas. Al momento me ocupé de organizar una línea de columnas a distancia de despliegue, haciendo que la tropa pusiese pecho a tierra para ocultarlas al enemigo. Mandé establecer mi batería a medio tiro de cañón de los de la Casa Blanca y la Alameda y se comprometió al punto por ambas partes un vigoroso cañoneo. La caballería enemiga, que se había replegado procurando cubrirse con la Casa Blanca, fué el punto objetivo principal de nuestros artilleros, así es que muy pronto fué obligada a internarse en la población para ponerse al abrigo de nuestros tiros.

Mandé a uno de mis ayudantes cerca del Gral. en jefe para pedirle autorización para volver a comenzar el ataque por haber fracasado, pero dicho jefe me mandó prevenir me concretase a establecer una línea como lo juzgase conveniente, que hiciese practicar los reconocimientos necesarios a fin de proceder en la misma noche a la apertura de la trinchera. Se me ordenaba además que hasta nueva orden quedaba yo encargado de dicha línea y bajo el mando inmediato del Gral. en jefe del Cuerpo de Ejército de Occidente. Hice desplegar en batalla, procuré cubrir lo mejor posible a mis batallones, que siguieron pecho a tierra o sentados, alternativamente, mandé que la caballería formase en segunda línea pero fuera del alcance del cañón de la plaza y por último, ordené se nombrase el número competente de fajinas para que en el acto se procediese a levantar el campo. Poco después cesó el cañoneo y se pudo con facilidad comenzar a practicar los reconocimientos de toda la posición y todo quedó en calma.

Esto fué el resultado del ataque a la Casa Blanca. Después he sabido lleno de admiración que los Grales. Escobedo y Corona habíanse persuadido por completo de no repetirlo, a pesar de las grandes ventajas que la adquisición de aquel saliente nos hubiera proporcionado y que ellos conocían, porque en su opinión era intomable, o al menos, decían, no correspondían las ventajas que procuraba a los grandes sacrificios que había que hacer para tomarlo. Me pareció esta idea muy singular, pues el ataque nada tenía de difícil, bien efectuado, nos habría producido insignificantes pérdidas y su adquisición conseguida por nuestra parte, hubiera sido sumamente perjudicial al enemigo que indudablemente se hubiera visto obligado a replegar sus líneas de la Alameda al interior de la plaza, y por otra parte sus comunicaciones entre ésta y el cerro de las Campanas se hubieran hecho peligrosísimas.

Al día siguiente, la trinchera quedaba abierta, las baterías establecidas a discreción tras sus espaldones respectivos y toda la posición en regular estado de defensa. La jornada del 24 nos costó cosa de trescientos hombres entre muertos y heridos y más de cuatrocientos prisioneros. El enemigo debe haber sufrido relativamente poco.

JORNADA DEL 1o. DE ABRIL DE 1867

Nunca fué durante el sitio una verdadera línea de embestida la que las fuerzas sitiadoras organizaron sobre la plaza; en los primeros días, sobre todo, se componía de puestos parciales más o menos alejados de los salientes de la plaza, sin estar ligados entre sí y por lo mismo, con sus flancos muy descubiertos.

La línea que con la brigada de Guanajuato ocupaba el Gral. Antillón²⁰,

²⁰ Florencio Antillón, nació en la ciudad de Guanajuato el 23 de febrero de 1830. Inició su carrera militar como teniente de infantería en 1844. En 1856, se encontró

en una de las mesetas de la falda oriental del cerro de S. Gregorio, era indudablemente la que se encontraba en las peores condiciones, teniendo al frente y pie de la colina el tortuoso barrio de San Sebastián, muy propio para facilitar las salidas del adversario sin que su movimiento pudiese ser observado, los flancos enteramente descubiertos pues distaban de las líneas inmediatas más de seiscientos metros, y por último, sin reserva alguna, en segunda línea. Era tanto más mala esta situación, cuanto que el enemigo valiente y emprendedor que teníamos al frente, la conocía y no dejaría de aprovechar la ocasión de intentar un serio ataque contra ella. Así se lo manifesté al Gral. Antillón, quien hizo en el acto al cuartel general las mismas observaciones, pidiendo se cubrieran los anchos claros que a sus flancos quedaban y se le proporcionaran algunos útiles para fortificar su línea, en todo su desenvolvimiento pero particularmente en las alas. El cuartel Gral. ocupado quizá de otros detalles a su juicio más importantes, desatendió las observaciones y aplazó la entrega de útiles.

El funesto resultado no se hizo esperar, y el 1o. de abril, poco antes de amanecer, el infatigable general Miramón a la cabeza de un fuerte destacamento que dividió en tres trozos, dos para atacar ambos flancos y el otro como reserva, sorprendió la posición derrotando completamente a la referida fuerza de Antillón, no obstante la enérgica resistencia que, a pesar de haber sido sorprendido, desplegó.

La víspera de este acontecimiento en la noche, había yo sido relevado en mi línea del Cimatario, que ocupaba desde el 24 de marzo por tropas del Cuerpo de Ejército de Occidente. Se me ordenó que después de relevado, formara en segunda línea para pasar el resto de la noche, pero que al amanecer del siguiente día, me dirigiese a la Cañada, para que mis tropas se lavaran y que allí mismo se me comunicaría a qué línea debía replegarme después de aquel acto de aseo. Así lo verifiqué, y a fin de estar listo para cualquier evento, mandé que el aseo se practicase por brigadas, pues de esta manera podría disponer de una, inmediatamente que ocurriese el caso de necesidad. Así sucedió, y a las primeras luces del día escuché un nutridísimo tiroteo y por mis previsiones y por la dirección en que tronaba la fusilería, no me quedó duda de que Antillón era atacado. Sin esperar órdenes, avancé al fuego con mi brigada disponible. Sobre mi marcha, encontré a un ayudante del Gral. Escobedo que se dirigía a buscarme, me previno de parte de aquel jefe que salvase a las tropas de Antillón, si aún era tiempo, pero que en todo caso atacase al enemigo obligándolo a replegarse a la plaza. Se me advertía, además, que ya se dirigían hacia el teatro del combate los batallones de Nuevo León y Durango, teniendo la orden de ponerse bajo las mías a mi llegada. Al momento recomendé al coronel Montesinos que prosiguiese su marcha ordenadamente y al paso de camino para no fatigar a la tropa y dándole su punto objetivo, me desprendí a escape para alcanzar a los batallones citados, acompañado de mi Estado Mayor. En el camino me encontré con los restos de la brigada de Guanajuato, que en el mayor desorden se retiraba a retaguardia, de la línea de circunvalación, mandé que hiciera alto en el ataque para rehacer y recoger dispersos que se veían en todas direcciones. En seguida continué mi marcha. Alcancé a los batallones mencionados ya al frente del enemigo; éste, después de haber ocupado la posición, se adelantaba audazmente como queriendo batir por retaguardia a las líneas de circunvalación. Inmediatamente empeñé el batallón de Durango, que a las órdenes de su intrépido coronel Diódoro Corella, entabló de frente y casi a quemarropa un mortífero combate, paralizando por completo el ímpetu con que las fuerzas enemigas pretendían seguir el ataque. Ordené al batallón de Nuevo León que, internándose por el lado del Molinito, hiciese en seguida un movimiento de flanco sobre su derecha para ocupar la calle principal del barrio de S. Sebastián a fin de cortar al enemigo la retirada, pues yo confiaba al mandar efectuar este movimiento atrevido en que la 1a. brigada de mi división no tardaría en entrar en línea, por lo cual no creí necesario proporcionarme una reserva, sino que mandé al fuego a toda la tropa de que en el momento disponía. Mas el enemigo comprendió en el acto mi

en la batalla de Ocotlán, en donde cayó prisionero. Luchando siempre en las filas liberales hizo la campaña de la Sierra Gorda. Se encontró, el año de 1863, entre las fuerzas que a las órdenes del general Comonfort, cooperaban a la defensa de la plaza de Puebla. Concurrió al asedio de Querétaro en 1867. El mismo año fué designado gobernador de Guanajuato, cargo que desempeñó hasta 1876, en que por haber secundado al licenciado José María Iglesias en sus aspiraciones presidenciales, hubo de marchar al extranjero. Regresó al país en 1880, y en 1885 le fué concedido retiro. Murió en Celaya, Gto., el 18 de febrero de 1903. (A.S.D.N.—C. XI/111/2-38.)

plan y situando violentamente a un fuerte trozo de tropa en la Iglesia de S. Sebastián cuya torre y bóvedas ocupó, logró contener el movimiento flanqueador del batallón de Nuevo León y comenzó al mismo tiempo a sostener la retirada del grueso de sus tropas.

La retirada se practicaba bastante ordenadamente y dando lugar algunas veces, a pequeños choques a la bayoneta entre algunas fracciones, en los cuales se distinguió el batallón de Durango, por ser de vigoroso empuje y sangre fría; las direcciones principales de retirada iban quedando marcadas por gran número de cadáveres de ambas tropas combatientes, las enemigas se aprovechaban de todos los obstáculos para resistir con tenacidad, lo que hacía muy lento su movimiento retrógado.

Llegó en estas circunstancias la brigada esperada, hice entrar en línea al medio batallón del 1o., mandé al 3o. que ejecutase sobre la izquierda del enemigo un movimiento análogo al que había intentado el de Nuevo León, el otro medio batallón del 1o. quedó en segunda línea, como reserva.

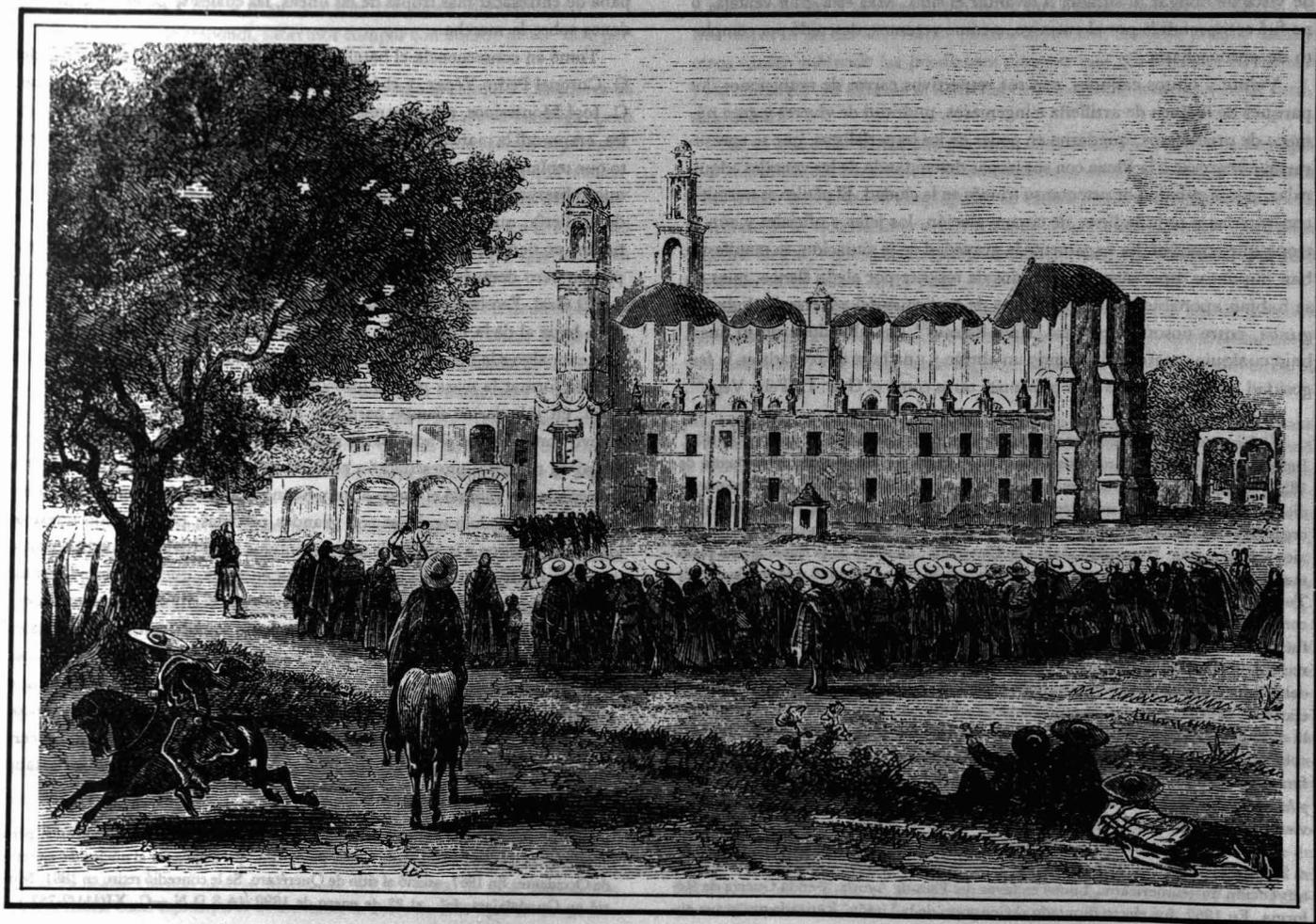
Observada esta maniobra por el enemigo precipitó en el acto su retirada, único medio de salvarse de una captura cierta, pero antes recogió su destacamento de la parroquia de San Sebastián, y luego la artillería apostada dentro de la población sobre la margen izquierda del arroyo, rompió el fuego a metralla sobre nosotros, obligándonos a nuestra vez a detener nuestra marcha triunfante y protegiendo el repliegue a la plaza de las últimas fracciones. A ese fuego de artillería se unía el vivísimo de fusilería que desde las azoteas del mesón y otras casas altas ocupadas por tiradores enemigos, se nos dirigió desde que penetramos a las calles del barrio.

Mandé hacer alto al ataque y procuré organizar en el instante una línea asegurando nuestra posición por cuantos medios se ofrecieron a mi alcance.

Observé que ocupando toda la calle Real de San Sebastián y extendiéndome un poco hacia la izquierda quedaba la plaza perfectamente embestida por la parte Norte y en consecuencia, me decidí a establecer definitivamente una línea. Durante el día y los fuegos continuando, se construyeron barricadas en todas las bocacalles, se aspilleraron las paredes limítrofes que daban al río y se ocupó sólidamente la iglesia de San Sebastián. En la noche, las barricadas se modificaron transformándose en trincheras, se perfeccionaron

todos los trabajos, se coronaron con sacos de tierra algunos edificios dominantes, y habiendo hecho venir mi artillería con la segunda brigada, se armaron algunos parapetos.

Al día siguiente la línea de San Sebastián era la más fuerte de las que componían el perímetro de circunvalación y habiendo cuidado inmediatamente de ligarme por mis flancos con las otras líneas, y de reforzar incesantemente mis defensas, desapareció todo temor de que pudiera el enemigo romper por esta parte la línea de embestida, como más tarde quedó plenamente justificado, pues habiéndome atacado el enemigo dos veces, no pudo obtener la más mínima ventaja, y siempre fué rechazado sufriendo grandes pérdidas hasta que, por último, prescindió de toda diversión por esta parte. Recibí orden de permanecer como comandante de dicha línea. No dejé noche ni día de hostilizar sin descanso al adversario, escogí entre todas mis tropas, los mejores tiradores que, bien apostados en la iglesia y algunas casas aspilleradas, producían tanto daño en los defensores de la plaza, que se les creía dentro de ella; soldados americanos del Norte enganchados por nosotros, establecí un obús de 15 cms. en un saliente muy a propósito para batir de escarpa a un pequeño reducto artillado que el enemigo había establecido junto al puente y el cual fué muchas veces destruído por la referida pieza, aunque otras tantas reparado. Por su parte, el adversario me hacía mucho mal desde el mesón situado de este lado del río y junto al puente así como de una casa alta que ocupaba en la otra ribera, mi artillería hizo desplomar a ésta, pero nunca pudo nada contra el mesón como constituido de adobes, que se dejaban perforar por los proyectiles sin conmover el edificio en general; intenté entonces hacerlo saltar por medio de una mina, al efecto mandé abrir una galería que siguiendo por la capital de la calle, que va derecha al puente, se terminase debajo de los principales cimientos del mesón, se trabajó con actividad durante varios días, y sólo faltarían cosa de doce metros para llegar al punto en que debía construirse la hornilla, cuando fuí relevado por orden del Gral. en jefe, para ir a establecer otra nueva línea por el rumbo de San Juanico, y construir unas baterías frente al cerro de las Campanas; el jefe que me substituyó en el mando de la línea de San Sebastián, descuidó de proseguir tan importante trabajo.



En la jornada del 10. de Abril, sin hacer cuenta de las bajas de la brigada de Guanajuato, perderíamos unos ochenta hombres, algo más de cien el enemigo, al que obligamos a dejar la mayor parte de los que se llevaba de Guanajuato.

JORNADA DEL 27 DE ABRIL DE 1867

A las cinco en punto de la mañana del 27 de abril, todas las baterías de la línea que corre de la Casa Blanca por la Alameda, a San Francisquito, reforzadas con algunas piezas sacadas de la reserva, abrieron un vivísimo fuego sobre nuestra línea del Cimatario.

Estaba esta línea, guarnecida por el Cuerpo de Ejército de Occidente y División de Michoacán, el primero estaba mandado accidentalmente, por el Gral. Canto y la segunda por el Gral. de División, Régules. Ambas fuerzas bajo las órdenes del Gral. Corona, jefe de toda la línea y segundo jefe del ejército republicano.

Este nutrido y repentino fuego de artillería produjo desde luego entre las tropas de la línea un gran desconcierto, que más tarde se atribuyó a que hallándose el Gral. Corona ausente de su línea, en esos momentos no había plan, ni se acordó nada para la defensa en caso de una repentina y brusca salida del enemigo, razones pueriles, que nunca podrán poner a cubierto la responsabilidad de los comandantes, de las diferentes fracciones que constituían la línea.

El cañoneo duraría unos tres cuartos de hora, tiempo que el Gral. Miramón a la cabeza de cuatro mil hombres de infantería y caballería, empleó para desplegar sus fuerzas y abordar nuestra posición a la bayoneta. Algunos tiros de cañón, y un fuego flojo mal dirigido de fusilería, fué el único elemento de defensa que durante algunos minutos pusieron en juego los republicanos, que en seguida se dispersaron completamente. La caballería imperialista que desde un principio había desplegado por el flanco más adecuado a la operación que se intentaba, cargando con la debida oportunidad cooperó del modo más eficaz al pronto desenlace y al buen éxito.

La dispersión de nuestras tropas entregó al enemigo por lo menos la tercera parte de nuestra línea de circunvalación y la más estratégica bajo el punto de vista de obligar al sitiador a levantar el sitio. Mas esta gran ventaja, o no fué comprendida por el enemigo, o como veremos, descuidó por completo de aprovecharla.

Veinte y tantos cañones, con sus respectivos carros de municiones, los parques de la línea de artillería e ingenieros, multitud de víveres y gran número de prisioneros, quedaron en poder de los imperialistas, que se apresuraron a regresar o la Plaza con sus tropas descuidando de las ventajas adquiridas, por la vanidad de ostentar su triunfo en la ciudad. El pánico se trasmirió con rapidez a toda la línea de circunvalación, los jefes y oficiales y aun la tropa que comprendía vagamente la gravedad de la situación, se manifestaban inquietos esperando ser atacados de repente por algún flanco, pues no se habían apercibido del movimiento de repliegue del adversario; hubo algunos, entre nosotros, el Gral. Riva Palacio²¹ que abandonaron su línea, bajo cualquier pretexto buscando un abrigo y una base de retirada en la fragosidad de las montañas más próximas; otros como el Gral. D. Félix Vega²²,

²¹ Vicente Riva Palacio, nació en la ciudad de México el 16 de octubre de 1832. Ingresó a las filas del ejército republicano con el grado de coronel el 1º de enero de 1858, prestando importantes servicios en la guerra de Reforma. En 1861, cuando se diseñó el amago de una intervención extranjera, solicitó permiso, y lo obtuvo, para organizar una guerrilla, con la que luchó contra los imperialistas en los estados de México y Michoacán. Concurrió al sitio de Querétaro. Después de la toma de esta plaza marchó a cooperar en el asedio de la ciudad de México. Secundó a la revolución de Tuxtepec en 1876, y al triunfo de ésta, ocupó la Secretaría de Fomento. En 1881 fué comisionado para escribir una obra sobre la lucha de la Intervención francesa. En 1882 fué electo diputado al Congreso de la Unión. En 1884, acusado de conspiración, fué recluido durante diez meses en la prisión militar de Santiago. Al quedar libre, se retiró del servicio militar. En 1886 reingresó al ejército y fué nombrado ministro plenipotenciario de México, ante las cortes de España y Portugal. Bajo su dirección, se preparó la obra *México a través de los Siglos*, escribiendo él el tomo II, que se refiere a la época colonial. Antes de marchar a España, fundó el periódico *El Ahuizote*, colaboró en la formación del *Libro Rojo* y escribió las obras *Calvario y Tabor*, *Monja y Casada*, *Virgen y Mártir*, y *Los Ceros*. escribió muchas poesías satíricas. Murió en Madrid, el 22 de noviembre de 1896. (A.S.D.N.—C. XI/111/2-622.)

²² Félix Vega, nació en La Barca, Jal., el año de 1828. Inició su carrera militar el 22 de mayo de 1842, luchando siempre en las filas liberales. Combatió contra la intervención norteamericana. Luchó en favor del Plan de Ayutla, y en la Guerra de Reforma. En 1862, fué electo diputado al Congreso de la Unión. Retirado por grave en-

emprendieron la retirada, con su tropa íntegra, sin haber disparado un solo tiro. Las fuerzas sitiadoras eran en lo general menos que medianas, sólo el pequeño Cuerpo de Ejército del Norte era capaz de rivalizar en disciplina, instrucción y audacia con las tropas de la plaza, pero en aquellos momentos carecía de cohesión, estando sus cuerpos diseminados en las líneas y en las reservas. Sin embargo, yo tenía mis inmediatas órdenes cuatro batallones y un cuerpo de caballería pertenecientes a dicho Cuerpo de Ejército, pero estas tropas ocupaban la posición más lejana del teatro del combate, puesto que se hallaban en San Juanico, y que para marchar al fuego, no podían hacerlo por el camino más corto, que era el que quedaba por su derecha hacia la hacienda del Jacal, por estar cubiertos de inundaciones pantanosas los terrenos que tenían que atravesarse. Así pues, para trasladarnos al campo de batalla, teníamos que recorrer más de dos leguas, empleando en esta marcha un tiempo suficiente para que el enemigo pudiera con impunidad terminar con buen éxito un plan que hubiera tenido por mira principal, la completa desorganización de nuestras líneas de circunvalación. Es evidente que si hubiese proseguido el ataque bruscamente sobre ambos flancos a la vez, nos hubieran obligado a levantar el sitio y si no lograban nuestra completa destrucción, les hubiera sido por lo menos, sumamente fácil emprender una retirada sin peligro alguno hacia la capital de la República.

No sucedió así; embriagados, como dije, los jefes de la plaza con tan importante triunfo, regresaron a la ciudad con sus tropas llevando sus trofeos, y dejando al cuidado de tan interesante posición, tan sólo a un cuerpo de caballería, el Regimiento de la Emperatriz.

Pronto debieron comprender el error que habían cometido, pues en parte, trataron de repararlo; la brigada del Gral. Méndez, famosa por su campaña de Michoacán, reforzada con algunos otros batallones y una fuerte brigada de caballería, tropas a las órdenes del Gral. Miramón, y bajo la vista misma del emperador, emprendieron nuevamente su marcha hacia la posición del Cimatario.

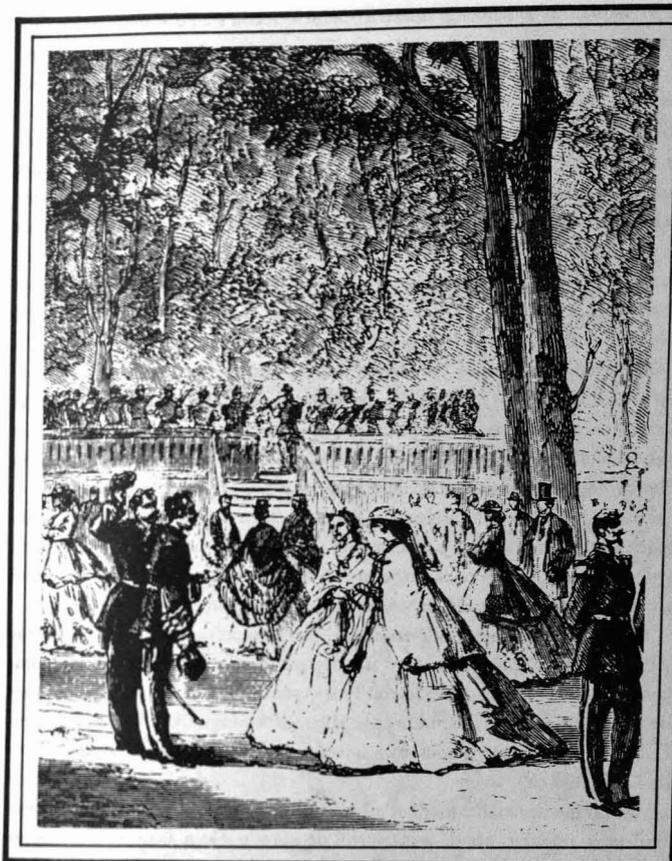
En nuestro campo había pasado entre tanto lo siguiente: recibí orden del Gral. Escobedo, para que tomando dos de mis cuatro batallones y dejando los otros en la línea, marchase con la mayor celeridad a reconquistar a todo trance, la perdida posición, se me advertía además de su parte, que se ocupaba de entresacar más tropas de las líneas, las cuales se pondrían a mis órdenes sobre la marcha.

Tomé en consecuencia el batallón Supremos Poderes, a las órdenes del C. Coronel Pedro Yépez, y el 10. de línea, a las órdenes del de igual clase, C. José Montesinos, muy buenos ambos cuerpos, y bien acreditados sus jefes, emprendí la marcha al paso veloz, procurando buscar en el largo trayecto que teníamos que seguir, el camino más corto, lo que ocasionó que el enemigo observase mi movimiento, pero no lo contrarió, más que con sus fuegos de artillería, que no cesaron de hostilizarme durante toda mi marcha. De tiempo en tiempo, hacía que la tropa tomara el paso redoblado para que respirase, pero después de muy cortos momentos volvíamos al paso veloz.

El Gral. Escobedo, había mandado al cuerpo de Cazadores de Galeana para batir al de la Emperatriz, o hacerle replegar y con el fin también, de contener algo a la nueva columna del enemigo que se aprestaba a salir, pues se veía formar la masa por las inmediaciones de la Casa Blanca; quería el Gral. en jefe darme tiempo para que llegase con mis tropas, a aceptar el nuevo combate que el adversario nos ofrecía. Cazadores de Galeana, desplegó en tiradores un escuadrón para hacer un buen uso de sus carabinas de repetición, rompió el fuego a muy buena distancia del cuerpo de la Emperatriz, haciéndolo replegar con grandes pérdidas; pero cuando nuestros dragones llegaron a la altura de nuestra antigua línea tuvieron que hacer alto, por haber distinguido a la gruesa columna enemiga, que ya se movía lentamente. Algunas secciones de caballería desplegadas en tiradores, venían explorando y cubriendo el frente y los flancos de aquella columna, las cuales al ponerse a buena distancia de Cazadores de Galeana, le rompieron el fuego y comenzaron a ganar terreno simulando algunas cargas parciales, que aunque sin efecto, obligaban a nuestros cazadores a replegarse poco a poco.

En estos momentos yo ya había avanzado mucho terreno. Encontré cerca del gran acueducto al Gral. Escobedo, con su Estado Mayor; manifestaba

fermedad a Guadalajara el año de 1863, fue hecho prisionero por los franceses, pero allí conspiró y logró levantar una fuerza numerosa, que llegó a ser el núcleo del ejército de Occidente. En 1867, asistió al sitio de Querétaro. Se le concedió retiro en 1881. Murió en Guadalajara, Jal., el 22 de enero de 1890. (A.S.D.N.—C. XI/111/2-757.)



la mayor agitación e inquietud cuando me dirigí a él, para tomar sus órdenes.

—“Gral., me dijo: Corona ha perdido su posición y se le han dispersado nueve mil hombres. En nombre de la patria, —prosiguió con voz conmovida—, vaya Ud. a reconquistarla, o a morir gloriosamente.”

—“Mi Gral., le respondí, sabremos cumplir con nuestro deber. Con permiso de Ud.”

—“Espere Ud., añadió el Gral., he mandado al campo a Cazadores de Galeana, se ha batido muy bien rechazando a la caballería enemiga, pero creo que en este momento debe venirse replegando ante fuerzas superiores, que salen de la Casa Blanca, tome Ud. dicho cuerpo, todos los que encuentre al paso y llévelos al combate, y como lo espero, cúbranse todos de gloria.”

—“Gracias mi Gral. Con permiso de Ud.”, le repetí, y en el momento me desprendí a escape, para volver a la cabeza de mi tropa, que no había interrumpido su marcha.

Un poco más adelante, el Coronel Cázares me salió al encuentro poniéndose a mis órdenes con dos batallones, el 3o. y el 6o. de línea. Le previne se incorporase con ellos inmediatamente, tomando la retaguardia de mi fuerza; mas como me manifestaba que estaba dotando de municiones a su tropa, le ordené que al terminar ese acto, se fuese al paso veloz a reunírseme, guiándose para ello por el ruido de mi fusilería, que no tardaría en escuchar.

Proseguí la marcha, y durante ella hice venir a Montesinos y a Yépez; les dí a conocer la gravedad de la situación, les manifesté que en el momento íbamos a batirnos contra fuerzas por lo menos triples de las nuestras, que en aquel día solemne estaba en nuestras manos el éxito del sitio, por lo cual yo les exigía la promesa de triunfar o de morir a mi lado, pues no había otra alternativa. Aquellos bravos jefes me lo prometieron sin vacilar. Los hice volver a la cabeza de sus respectivos cuerpos, recomendándoles acortasen el paso para que la columna adquiriese toda su consistencia, y para que ejecutasen con toda la celeridad posible las maniobras que yo pudiera mandarles. Comenzamos a encumbrar la falda del Cimatario. Me lancé a galope largo, para reconocer en persona el terreno y al adversario. Durante mi marcha llegué a un puesto en donde el batallón de Cazadores de San Luis, se hallaba pecho a tierra desplegado en batalla, pues era cañoneado por la batería de San Francisquito. Dicho cuerpo, cuyo coronel era Don Florentino Carrillo²³,

estaba en aquellos momentos bajo las órdenes del Gral. Don Jesús Díaz de León, cuartel maestro del Cuerpo de Ejército del Norte. Siguiendo mis instrucciones, ordené a Carrillo me siguiese con su batallón; pero habiéndome manifestado me dirigiese para ello al Gral. Díaz de León, lo hice en el acto, y este jefe se rehusó bajo fútiles pretextos, procurando ocultarme su cobardía, que ya me era bien conocida. No insistí, pues era inoportuno aquel instante para entablar discusiones, seguí mi marcha, sin que aquello me hiciera mucha mella, pues ciertamente no era el número de tropas lo que más me interesaba, sino llegar cuanto antes a cierta posición que yo conocía, y sorprender al enemigo con una brusca y repentina embestida. Al llegar sobre la ceja principal de la falda del Cimatario, observé que Cazadores de Galeana se retiraba al trote largo, un tanto desordenado, pues materialmente venían quemándolos a balazos, las secciones desplegadas en tiradores, que como antes dije, cubrían la cabeza de la columna enemiga. Me dirigí al Coronel Doria, jefe del cuerpo, ordenándole una evolución, pero aunque este caballero era muy pundonoroso y honrado, careciendo de aquel valor indispensable sobre todo para el soldado de caballería, en aquellos críticos momentos estaba como fuera de sí, y no pudo comprenderme. Sin más miramiento y como el caso lo exigía, llamé a su segundo en jefe, teniente coronel Hipólito Charles²⁴, cuyo valor me era bien conocido desde nuestra gloriosa campaña del Norte, le ordené que desplegara en tiradores prontamente otras dos secciones, que hiciera alto y frente al enemigo, que mandara ejecutar un fuego rápido para contenerlo algunos minutos, que mis tropas necesitarían para llegar y entrar en línea y por último, como ya mi división gozaba de una buena reputación entre todas las fuerzas de sitio, para reanimar el valor de Cazadores, les dirigí la palabra diciéndoles: “Muchachos, ya vienen muy cerca sus hermanos de la 1a. División, manténganse firmes sobre el terreno algunos instantes para darles tiempo y yo les aseguro la victoria. . . ¡Viva la República!” “¡Viva!” contestó con voz vigorosa todo el cuerpo, tras de cuyas voces se rompió el fuego rápido que hizo detener desde luego, para después replegarse tras de su columna, a las guerrillas de caballería enemiga. El grueso de sus tropas siguió sereno e imperturbable su marcha hacia nosotros, manteniendo sus armas sobre el hombro. Esta columna era cerrada por compañías y se le notaba una prolongación a fondo como de cuatro a seis batallones, a su retaguardia venía una espesa masa de caballería. Ni mis tropas ni las del adversario, podían observarse entre sí, porque unos y otros venían subiendo las pendientes opuestas que allí formaba el terreno y sin embargo, sus cabezas se hallarían cuando mucho a medio tiro de fusil, una de otra.

Iba yo a obtener la deseada posición, comprendí en el acto mis ventajas y la condición del buen éxito; indudablemente, debía pertenecer el triunfo a las tropas que primero desplegasen en batalla, esta simple maniobra era el secreto de la victoria, mas como era muy difícil, casi imposible ejecutarla bajo los fuegos, regresé con rapidez al encuentro de mis soldados, que sólo distarían ya 60 pasos de la parte culminante.

Mandé hacer alto y desplegar sobre el primer batallón lo que se practicó instantáneamente. Recomendé a la tropa que apuntara cuidadosamente y con sangre fría, y le dirigí luego algunas palabras propias para excitarla; el

para reingresar a él en 31 de mayo de 1861. En 1863 cooperó a la defensa de la plaza de Puebla con las tropas que hostilizaban a los atacantes, hasta que Comonfort ordenó la retirada. En 1865 fue hecho prisionero y puesto en libertad en el mismo año. En 1866 fue ascendido a coronel por su comportamiento en la defensa de Parras, trasladándose a continuar su lucha contra el invasor al estado de Michoacán, en donde tomó la plaza de Morelia. Concurrió al asalto de Acámbaro. Asistió al sitio de Querétaro, y al terminar éste, marchó a reforzar las fuerzas que sitiaban a la ciudad de México. En octubre y noviembre de 1871 defendió la plaza de Saltillo atacada por los rebeldes contra el gobierno del presidente Juárez. Murió en la ciudad de Durango el 11 de febrero de 1887.

²⁴ Hipólito Charles, nació en Ramos Arizpe, Coah., en 1837. Inició su carrera militar el 1º de julio de 1860 como capitán de caballería en la Guardia Nacional de Nuevo León y Coahuila, por haberse presentado con hombres, caballos, armas y pertrechos. Concurrió a los combates de Santa Gertrudis y San Jacinto. En 1866 fue comisionado por el general Mariano Escobedo para llevar pliegos al comandante de la fuerza norteamericana que el gobierno de Washington había destacado en auxilio de las fuerzas republicanas mexicanas. Concurrió al sitio de Querétaro como teniente coronel segundo comandante del cuerpo de Cazadores de Galeana. Secundó las revoluciones iniciadas por el general Porfirio Díaz contra los gobiernos de Juárez y Lerdo de Tejada. Gobernador de Coahuila del 4 de diciembre de 1876, al 8 de octubre de 1877; del 27 de diciembre de 1877 al 4 de diciembre de 1879; del 4 de marzo al 4 de diciembre de 1880. El año de 1885 fue nombrado jefe de la Gendarmería Fiscal. Falleció en México, D. F., el 23 de noviembre de 1906.

²³ Florentino Carrillo nació en Matchuala, S.L.P., el año de 1838. Ingresó a la carrera militar como capitán, el 27 de diciembre de 1857. En 1858 separóse del ejército

entusiasmo llegó a su colmo y en el fuego que despedían los ojos de aquellos valientes, ví el más seguro presagio de la victoria.

A continuación, ordené la marcha en batalla, y algunos minutos después, nuestros soldados veían venir serpenteando casi a sus pies, a la espesa y profunda columna del enemigo: "¡Alto!" "... ¡Fuego!", les grité, y una sola pero ya incesante detonación atronó los aires. Al través de la humareda, se vieron distintamente los anchos claros que nuestras balas abrieron entre las filas contrarias.

El pánico que este brusco y repentino ataque produjo en el enemigo es indecible. En vano, a gritos ordenaban sus jefes y oficiales el despliegue, ya no era tiempo, todo se revolvió en una masa confusa, la cabeza desordenó al centro y ambas fracciones, a la retaguardia; los soldados, sin resolverse aún a huir, se removían desordenadamente y disparaban al aire, las espadas de los jefes y oficiales se veían como relámpagos levantarse y caer sobre ellos, todos pretendían dar órdenes pero nadie se entendía y ninguno obedecía, y era tan espantosa la gritería que dominaba notablemente sobre el fragor de las armas.

Por nuestra parte, no se escuchaba una sola voz, todo el mundo se ocupaba exclusivamente de apuntar bien, y dar al fuego su máximo de rapidez. Era casi seguro que la mayor parte de nuestras balas tocaban y era tal el frenesí, siempre creciente de nuestros soldados al contemplar el efecto que producían, que no fijaban la atención en la espesa lluvia de proyectiles, con que las baterías de la Alameda nos cubrían llevándose hileras completas, pues sobre haber sido reforzados, según después se supo, sus tiros fueron ese día, más que otros, sumamente certeros.

En unos cuantos minutos alcanzamos el momento de crisis, el preciso para afianzar nuestra victoria.

"¡A la bayoneta! ¡A ellos!", grité, procurando dar a mi voz la fuerza necesaria para dominar el estruendo; al mismo tiempo, mandé a mi clarín de órdenes tocar degüello, con la contraseña de Galeana, y al corneta de infantería que tocara ataque y banda.

"¡A ellos!", gritó con una sola voz nuestra valiente tropa, y resuelta y compacta se precipitó como un torrente contra las fuerzas del adversario, con sus armas embrizadas y su bayoneta armada.

A retaguardia seguían las bandas el movimiento tocando ataque, y el cuerpo de Cazadores poniéndose las carabinas a la espalda y amenazando de preferencia, según mis órdenes un flanco y la retaguardia del enemigo.

La confusión y gritería de éste redobló de punto. Sus valientes jefes hacían desesperados esfuerzos por poner en línea siquiera, un puñado de soldados para ordenar la retirada del grueso; pero todo fué en vano. Repentinamente aquella masa informe y desorganizada, sin esperar el choque, principió la huida a la carrera. Los que por cansancio se rezagaban, o algunos bravos que se les hacía vergonzoso abandonar el terreno, eran acuchillados, pasados a la bayoneta o se rendían a discreción. Nosotros proseguíamos vivamente el rudo ataque marchando sobre una alfombra de cadáveres.

Sin embargo, obligados por sus jefes, los primeros dispersos que llegaron a nuestra antigua línea fortificada, se posesionaron de ella ocupando los parapetos por su parte exterior para cubrirse, y rompiéndonos un fuego vivo esta vez tan bien dirigido, que al punto comenzamos a experimentar serias pérdidas. Vaciló un instante el ataque, pero hice ejecutar a uno de mis batallones un movimiento flanqueador para tomar de revés y por retaguardia, aquella línea de defensa, a pesar de dar así más blanco a las baterías de la Alameda, y ya igualmente a las de la Casa Blanca, al otro batallón lo hice seguir su carga de frente, y a Cazadores de Galeana, le mandé prevenir amarga al otro flanco, oponiéndolo de este modo a la caballería contraria, que podía tomar la ofensiva para aumentar la resistencia de su infantería.

Tomadas con la rapidez que las circunstancias exigían estas determinaciones, nuestro ataque recobró su primera energía y prosiguió con furia. El enemigo no pudo resistirlo y antes de caer prisionero por completo, como probablemente hubiera sucedido si se mantiene en la posición, emprendió de nuevo la fuga rumbo a la Casa Blanca, no disparando ya sino uno que otro tiro y en la más horrorosa desbandada; protegida, sin embargo, por las baterías de Casa Blanca que ya tiraban a metralla sobre nosotros, pero sin lograr paralizar el poderoso impulso de la persecución.

En estos momentos, cuando ya habíamos rebasado nuestra antigua trinchera, y cuando yo notaba que nuestros fuegos disminuían sensiblemente, los coroneles Montesinos y Yépez se me acercaron para darme parte en voz baja, que las municiones estaban a punto de ser totalmente consumidas. En

efecto, habíamos comenzado nuestra operación, con sólo dos paradas de cartuchos por plaza, por no haber ya existencia alguna en los parques generales.

Iba yo a dar la respuesta de costumbre en tales casos, recordándoles que nos quedaba la bayoneta, pero no tuve tiempo para ello, porque en esos mismos momentos se me acercó el Coronel Cázares, diciéndome que ahí lo tenía a mis órdenes con dos batallones. Sin responderle, mandé en voz baja ejecutar el paso de las líneas; los que tan valientemente habían combatido, hicieron alto posesionándose de la trinchera, los recién llegados que habían escuchado el terrible estruendo del combate y que veían huir al enemigo ansioso de alcanzar cuanto antes su parte de gloria, pasaron adelante llenos de impulso, rompieron el fuego y prosiguieron el ataque o más bien dicho, la persecución con la misma energía que lo habían hecho los primeros.

Respecto al enemigo, era visible que su desconcierto crecía. La mayor parte de los dispersos no considerándose seguros ni tras de las trincheras de Casa Blanca, penetraron a la Plaza yendo a sembrar en ella el pánico de que se hallaban poseídos, no hay duda que ese día hubiéramos tomado la Casa Blanca y aun quizá la plaza si fuertes reservas nos hubieran seguido y secundado; pero cuando ya estábamos cuando mucho a tiro de pistola del referido saliente y que notaba yo una extrema vacilación en sus defensores, recibí orden del Gral. en jefe para suspender el ataque concretándose únicamente a ocupar la línea que el Gral. Corona había perdido.

Lo primero fué ejecutado en el acto. Mis tropas ocuparon las trincheras y la Plaza siguió cañoneándonos sin efecto alguno por espacio de una hora; pero no me conformé del todo con lo segundo, así es que aprovechándonos de la oscuridad de la misma noche, abrimos a vanguardia una nueva trinchera, desde la cual ya podíamos hostilizar a tiros de fusil a los defensores de Casa Blanca.

El campo de batalla quedó sembrado de cadáveres de ambas fuerzas combatientes, pues en cosa de tres cuartos de hora, o a lo más de una hora, que duraría el fuego de fusilería, quedaron más de setecientos muertos, de los cuales cerca de doscientos pertenecían a nuestras tropas, y poco más de quinientos a las del adversario. Hicimos multitud de prisioneros y muchas armas de todas clases quedaron en nuestro poder.

En los momentos en que ya suspendía yo la persecución, por la orden superior de que he hecho mención, grandes masas de caballería republicana aparecieron cerca del campo de batalla, procedentes del Jacal, al mando del Gral. Guadarrama, otras bajando de las cumbres del Cimatario, a las órdenes del Gral. Naranjo, pero sólo estas últimas tomaron una pequeñísima parte preparando una carga, que al fin, no hubo tiempo de realizar.

Los cuerpos que dieron esta batalla a mis órdenes fueron: en la primera fase y el choque, Supremos Poderes, 1o. de Línea y Cazadores de Galeana; en la segunda fase, después del choque para la persecución y designar el ataque sobre Casa Blanca, los batallones 3o y 6o. de Línea, los primeros, a las órdenes de Montesinos, Yépez y Doria, los segundos a las de Cázares y Calleja, unos y otros se cubrieron de gloria y afianzaron ese día con la toma de la Plaza, que resultó como consecuencia forzosa, el triunfo definitivo de la República, sobre el efímero Imperio de Maximiliano; es indudable que la Patria reconocida señalará algún día las páginas de su historia, con los nombres de esos héroes.

Ya todo terminado, vino a visitarnos el Gral. en jefe, nos dirigió una corta pero elocuente alocución felicitándonos por este brillante hecho de armas, que por una orden general extraordinaria se dió a conocer a todo el ejército sitiador, en la cual citando nuestros nombres y los cuerpos que habían concurrido, se hizo de todos una mención muy honorífica, y me valió a mí al terminar el sitio, mi ascenso a Gral. efectivo de Brigada.

Para terminar repito y repetiré siempre, que fuera del arrojo con que jefes, oficiales y tropa se comportaron, el éxito de la operación se debió a la oportunidad de desplegar la batalla antes que lo ejecutase el adversario.

Por lo demás, estos son los frutos que en un campo de batalla, se recogen cuando una maniobra decisiva se practica con audacia y prontitud, exactamente en el instante preciso.

Esta es la historia del combate más memorable que tuvo lugar durante el sitio de Querétaro, de 1867, en donde Maximiliano rindió su espada a la República Mexicana, el día 15 de Mayo del mismo año.

(firmado) S. Rocha

Fragmentos escritos en París en 1878. ◊